

## EMILIO GUDE



Adjunto a la dirección en Ceca Magán Abogados. Socio del Área de Litigación y Arbitraje. *Legal Project Manager* por el IE Law School. Licenciado en la Universidad Complutense de Madrid. Profesor colaborador del Máster de Acceso a la Abogacía de la Universidad Carlos III. Coautor del *Anuario Contencioso* en 2014 y 2015. Responsable de Formación de Ceca Magán Abogados. Autor de numerosos artículos en medios de comunicación jurídicos y generales, así como habitual ponente en conferencias y cursos y, sobre todo, empedernido lector.



## EL RELOJ QUE ADELANTABA

Fue un pequeño vómito, blanquecino, apenas suficiente para salpicar los zapatos relucientes de un señor que esperaba en el semáforo. No dio tiempo a atenderle, a pesar de los esfuerzos de una señora que lo vio todo. Menos aún los viandantes apostados en la acera a la espera de que mudase en verde el muñeco. Cuando quisieron darse cuenta tan solo un ligero olor rancio y una pequeña vomitona testimoniaban la presencia de un chico que ya corría cuesta abajo.

Reaccionó deprisa, así se aprende, si haces algo que los demás pueden considerar malo, mejor salir corriendo antes de que el castigo te alcance. Pretendía pasar aquel semáforo e ir hasta el solar abandonado de enfrente, pero la náusea fue muy fuerte, y su pequeño cuerpo no tardaba mucho en recorrerse. Al sentirse liberado escapó, antes casi de haberse pasado una manga del jersey por la boca, como si la lana pudiese borrar ese sabor metálico que le asqueaba. Salió rápido y cuesta abajo ignorando que el señor de los zapatos relucientes no le regañaría, que la señora que lo vio todo acudiría en su ayuda y que los demás se preocuparían por

él. Huyó corriendo y escapó del castigo, que siempre venía en forma de gritos y golpes. Mientras corría, una nueva arcada llegaba a su boca mezclada con la falta de aliento de la carrera, y expulsó lo poco que le quedaba dentro, aquella leche que tan mal le había sabido en el desayuno. Se detuvo cuando pensó que la distancia era suficiente para que no le alcanzasen, dobló la esquina y respiró a bocanadas para intentar quitarse aquel horrible sabor de boca.

En la antigua fábrica de cerveza se acurrucó en un rincón, sujetó las piernas con sus cortos brazos y hundió la cabeza entre las rodillas. Su estómago permanecía tranquilo, pero temblaba ligeramente. Apenas había desayunado y ya lo había expulsado todo, sentía las tripas vacías, y eso le producía algo de malestar. Tardó poco en dormirse; a lo lejos se oían grúas, camiones y operarios de una obra cercana, confiriendo a aquel silencio un carácter ficticio.

Soñó lo mismo que imaginaba despierto, con una enorme y preciosa tienda de relojes. Llena de estantes con relojes de todo tipo. Uno al lado del otro, en filas interminables, unas sobre otras. Traídos de todas las partes del mundo. De pared y de antesala, de péndulo y de cuco. También antiguos, de arena y de vapor. Algunos especializados, como metrónomos, cronógrafos y cronómetros. Incluso encima de la puerta de entrada, en la fachada principal colocaría uno de sol. Había hermosas y largas vitrinas de cristal exponiendo relojes de pulsera y de bolsillo, dorados, plateados, con correas de cuero, metálicas, labradas y respunteadas. También una sección con los nuevos relojes digitales japoneses, con alarma y luz, e incluso dos modelos con calculadora. Sería una relojería brillante y limpia, con solo un cartel grande y de color azul. Además tendría un taller y él mismo haría relojes de manera personalizada. Cada persona necesita un tipo de reloj distinto y él sabría cuál le correspondería a cada uno.

Desde siempre sabía que quería ser relojero; ya de pequeño sentía atracción por los relojes. Era lo primero en lo que se fijaba y, a menudo, en sus correrías, procuraba pasar por relojerías donde se detenía a observar los escaparates. Le gustaba especialmente visitar la Antigua Relojería en la calle de la Sal con su fachada de madera, porque cada poco tiempo añadía nuevos modelos y cambiaban de piezas. En su recorrido no olvidaba pasar por la Puerta del Sol para fijarse en el famoso reloj bajo el templete que lo cobijaba.

Una vez anduvo tentado de coger uno de un puestecillo callejero mientras el vendedor no miraba, pero pensó entonces que ya siempre se avergonzaría de su primer reloj. Cuando cumplió los siete años su abuelo le regaló un libro donde aparecían ilustraciones y fotografías de los relojes más famosos del mundo: el Big Ben, el reloj de flores de Viña del Mar, el astronómico de Praga, el de Lyon... Lugares que no sabía que existían pero que soñaba con ir a conocer cuando fuera mayor y pudiera viajar. Junto al libro, su abuelo le regaló su reloj, un Cauny Centenario, de esfera color marfil, caja dorada y correa de cuero. Aquel día fue el más feliz de su vida. Apenas podía sujetar el reloj que se escurría de su pequeña muñeca. No dejaba de mirarlo y de enseñárselo a su abuelo. Incluso le obligó a que le preguntara una y otra vez qué hora era para hacer el gesto de mirarlo de mil maneras diferentes. Esa noche se quedó dormido viendo la manecilla del segundero agotar los minutos. Poco más de un año después lloró desconsoladamente, en el mismo rincón de la fábrica, al morir su abuelo, cuando su madre le llevó a casa de Rosi, «La Colorada», y le quitó el reloj para malvenderlo. «La Colorada» que, a pesar de llevar toda una vida dirigiendo con mano firme una exitosa casa de empeños, aún sentía pena cuando alguien se desprendía de un objeto querido, le ofreció una galleta bañada en chocolate, como si aquello compensará su pérdida. Del reloj. De su abuelo.

Cuando despertó ya casi era mediodía y el vacío en el estómago era muy acusado. Apenas había cenado más que un poco de sopa. Las galletas del desayuno, por la leche agria, las había expulsado. Sacó del dobladillo que se había hecho en un bolsillo una moneda de 25 pesetas y pensó qué comprar. Salió por detrás de la fábrica y se encaminó a una pequeña zona peatonal por la que no pasaban coches. No le gustaban, al contrario que los autobuses, rojos, enormes, con esos movimientos pronunciados en los que jugaba a guardar el equilibrio. Algunas veces se colaba por la parte de atrás para ir a casa cuando estaba cansado de pasar todo el día por ahí andando sin rumbo definido.

Se acercó al puesto de palomitas y compró el paquete más grande. Le encantaban las palomitas y era capaz de comerse hasta dos paquetes seguidos. La última vez que su abuelo le había llevado al cine le compró dos paquetes y una Coca Cola gigante. Echaba de menos a su abuelo, desde que él no estaba nada había vuelto a ser bueno y alegre. Había descubierto un mundo. Ahora iba sólo a los sitios, deambulaba por la ciudad, iba de aquí para allá y eso le encantaba pero extrañaba aquella mano fuerte y confiada. El único cariño que había conocido. Ya sólo iba al parque de vez en cuando, para jugar al fútbol. Las madres de los otros chicos siempre le daban de merendar. Antes lo hacía su abuelo, pero ahora ya no estaba y la tarde se hacía larga sin la merienda. Uno de los niños le invitó a su cumpleaños, no recordaba haber comido tanto nunca, tanto y tan rico. Bebió al menos seis tipos diferentes de refrescos. Había uno azul que sabía muy dulce, del que bebió casi una botella entera. Pero no volvió a ir a ningún cumpleaños más, le avergonzaba mucho no llevar un regalo como los otros niños. Si hubiese podido, le habría llevado un reloj, de los digitales, de los nuevos, con luz y alarma, plateado, de los que daban incluso las décimas de segundo.

Cerraba el día y tenía que volver a casa. Alargaba el regreso cuanto podía. Su madre aún tardaría en llegar, probablemente con unas cuantas cervezas en el cuerpo. Si había suerte vendría sola, entraría torpemente en la habitación y le daría un beso suave y cálido mientras él se hacía el dormido. En el peor de los casos, aparecería con su padre y la noche se haría larga y ruidosa entre insultos, gritos y golpes. Entonces el tiempo se detenía, aquellas horas que le gustaba ver pasar, aquellos minutos que controlaba siguiendo la aguja, aquellos segundos que contaba hasta llegar a sesenta y volver a empezar, se diluían eternamente en un lugar indeterminado al que le faltaba el aire y le sobraba oscuridad. Las voces traspasaban muros, puertas e incluso sábanas y mantas, su última defensa. De nada servía estirarlas, hacer un pequeño nudo llevando las manos dentro para que nada pudiese entrar. Cerrar los ojos muy fuerte tampoco lograba que aquellos gritos dejaran de oírse, que los insultos se ahogasen y sin embargo apretaba los párpados y procuraba alejar los sentidos de aquellas voces. En ese momento, durante las noches en que todo pasaba, sólo conseguía imaginar que llegaría un día en que sería mayor y que nada de esto existiría, ni siquiera el recuerdo de estas horas oscuras perdidas en una nebulosa que le costaba identificar con la realidad. En aquella disociación veía el joven en el que se convertiría, que no recordaría al niño que fue y que tenía por delante la determinación de lograr aquellos anhelos que hoy eran un refugio para escapar del dolor.

Cuando, por fin, se hacía la calma y el cansancio le vencía, cerraba los ojos para soñar con un rutilante reloj que adelantase diez años y le alejase de aquella casa, de aquellos padres, de aquella edad.

